

Una novela: Pin pan pun

Me dispuse a leer la novela de Alejandro Rebolledo (*Pin pan pun*, editorial Urbe, 1988) no sin cierto desdén. Un problema generacional – me digo. Superficiales y, sobre todo, efectistas. Así cualquiera escribe, Una jeva y tal, tururú, tururú, me facho un joint, y el asunto está resuelto. No hay que inventar nada, no hay que pensar en el lenguaje. Lampituvirán: la novela está servida.

Luego de haber leído 397 páginas sin pausa, después de confrontarme con el inframundo al que la novela de Rebolledo nos arroja, perplejidad es lo que mejor define mi estado de ánimo –y eso me gusta.

El libro es un círculo de capas concéntricas donde orbitan seres perdidos en una sobrevivencia vana. Un universo en el que no hay, es esencia, diferencias sociales: marginales, pequeños burgueses y burgueses patalean inmersos en un nudo de complejidades y contradicciones, interactuando, igualados en actitudes, entregados a la miseria, esclavos de sus instintos, prisioneros de sus propios deseos y carencias. Víctimas y victimarios de su destino.

Luis, el quemadito de Los Palos Grandes, secuestrador secuestrado, es el eje de una historia en

Mendoza, Yetzibel, Laudvan, Alejandro Mendoza, Caimán, Tufo, Federico Mendoza, Isabella (de Mendoza), Fermín, Frank, Bróder, Juan Power, Amaranta, Andrés, Mauricio, Xaviera, Jenny, Kathy, Ricardo, Yaqui y el inspector Bermúdez. ¿Falta alguno? Un periódico, una emisora de radio y la calle, que es el sistema circulatorio de montones de relatos que convergen en el absurdo secuestro de Ana Patricia Mendoza, hija del dueño del Diario El Guardián. Rebolledo nos va llevando por el alma de cada uno de estos seres y sus circunstancias, en una historia que se va tejiendo como un mosaico en el que cada personaje es también narrador: Una estructura realmente compleja y al mismo tiempo transparente. Puede verse cada vértebra, como en una radiografía, de este cuerpo narrativo. Y también cada alveolo por el que transpiran los personajes. Sin patetismos externos, sin elementos decorativos, lo patético está dentro y no fuera. Todo es patético y punto. No hay punto de vista, no hay moral, no hay manipulación. Los personajes y los hechos están allí, y pin pan pun: no es para que nos guste o nos disguste.

Ana Patricia odia a su hermano, Alejandro, porque es un

drogadicto. No tiene sin embargo ninguna dificultad en lanzarse a una experiencia narcótica con sus secuestradores. Lloro a Manuela, su perra – más bien sufre una perrera -, después de que su hermano la ha matado a tiros, en un ataque histérico de venganza. Sale de su casa entrada la noche a buscar dónde enterrarla, pero apenas la vuelve a recordar durante la peripecia del secuestro del que luego ella misma es coautora, una vez que se ha arrojado en los brazos de su secuestrador. Cuando llega a su casa, harta de sus novios marginales, es la sirvienta quien tiene que sacar a la perra podrida de la maletera y arrojarla a la basura, mientras la joven esta cenando serenamente junto a su familia: “(Berta, la domestica) Entró recia a la cocina, como si hubiera cortado flores del jardín, y cuando Ana le pregunto horas más tarde qué había hecho con la mascota, le contestó que había puesto sus restos en un lugar bueno y en el que estaría mejor: La niña regresó a la cama con una sonrisa en la cara y se hundió de nuevo en sus dulces sueños”. Luego agrega. “Si hay cielo para los perros también debe haberlo para los humanos”.

Juan Power, el arrogante locutor de La Sónica, despechado y degradado por el desprecio de Yetzibel –periodista de El Guardián que se ha enamorado ahora del hermano de Ana Patricia-, tam-

do cae, eso lo leí alguna vez, hasta los mejores patinadores sobre hielo. Lo importante es caer y saber no hacerse daño... con gracia y con estilo. Hay caídos y caídas, unas aparatosas y ridículas, otras dignas y elegantes... Se puede decir que la mía es digna y elegante aunque esté parado frente a la casa de Yetzibel...” En el fondo todo somos iguales, parece recordarnos Rebolledo a través de sus paradójicos personajes.

Las descripciones, aunque descarnadas y en ocasiones pantagruélicas, no logran afectar nuestra sensibilidad. Ni el vómito, ni los pedos, ni los efluvios corporales, ni las descripciones procaces son tan graves como la realidad que estos acontecimientos representan. Ana Patricia vomita en la boca de Laudvan, pero han pasado tantas cosas que eso ya no nos horroriza. Es como ver el mundo después de haber visitado el Reten de Catia o La Planta. ¿Puede entonces el mundo perturbarnos?

Por eso no tiene nada de raro que Luis, muerto y todo, aunque de mentira se diga: “Me meten en el ataúd y todavía estoy consciente. Eso sí, no hay dolor ni nada. Es como un día normal, salvo que me morí”. Pero inmediatamente se despatetiza la escena: “Trancan la maldita caja y me pongo paranoico... Necesito un tabaco... se acabó la marihuana para mí”. Y luego, como para dejar constancia del más absoluto nihilismo –

que se evidencia en toda la novela-, dice: “Tierra, unas poquitas lágrimas y estoy finalmente frito. Era como creía, no hay nada más, te vas disolviendo poco a poco hasta que los gusanos se coman el último gramo de conciencia”.

Esta escritura representa un regreso hacia delante para la literatura venezolana. Después de mucho tiempo nuestros autores regresan a la realidad, pero sin discursos sociologizantes (José Balza también lo hizo, de alguna manera, con *Después Caracas*).

Esta novela, desde el punto de

vista literario, no es para nada inocente. Rebolledo entiende muy bien cómo se cuenta una historia. Conoce de giros narrativos y sin embargo jamás engaña al lector. Su juego es limpio, como limpia es su escritura. Luis muere cuando nadie lo esperaba. Cuando todos creían que se había redimido, que se había regenerado, pin pan pun, el mundo lo vuelve a soltar en el vacío. Pero tenía, desde que la novela comenzó, la muerte dibujada en la cara. Lo demás es Caracas: cualquier ciudad del mundo.

Maruja Dagnino
